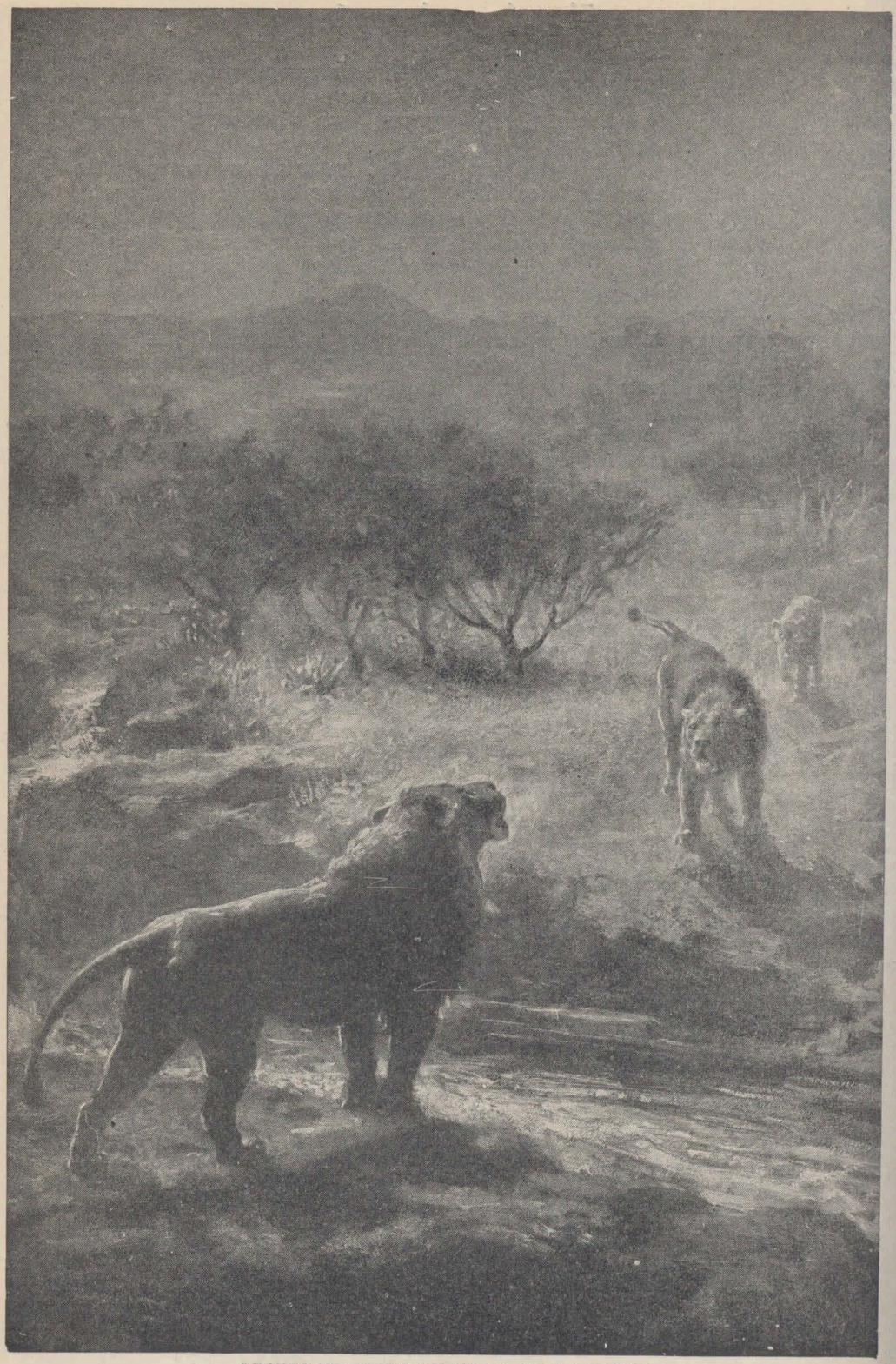


LEONES RUGIENDO EN MEDIO DE LA NOCHE.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CÓMO DISTRIBUYE EL LEÓN LAS HORAS DEL DÍA

CUANDO hablamos del día, refiriéndonos a la vida del león, debemos entender las veinticuatro horas que lo constituyen y completan, porque precisamente en las horas nocturnas es en las que despliega su mayor actividad el rey de los animales. No acostumbra esta fiera a construirse guarida, como hacen otras bestias. Prefiere los terrenos pantanosos donde abundan las cañas alterosas y la elevada yerba, que le ocultan con facilidad. En su defecto, busca las malezas tupidas y espinosas, donde puede dormir a pierna suelta mientras alumbra el sol, sin ser molestado por nadie. Jamás se muestra holgazán, a no ser que haya comido demasiado. A veces se despierta durante las horas de luz, y retoza con su compañera y sus hijos; pero si el tiempo está nublado y bochornoso, ruge de cuando en cuando, aunque nunca con la violencia que de noche.

Cuando se oculta el sol detrás del horizonte y queda la tierra envuelta en tinieblas, levántase el león y sale de su escondite. La estructura especial de sus pupilas le permite ver en la obscuridad, cosa que ocurre a casi todos los cuadrúpedos y a muchas aves silvestres. El león se siente rey de la noche, porque lo único que teme realmente es al hombre.

Cuando camina, ya marche al paso lento, ya al trote, pone la boca casi a ras de la tierra y ruge. El león es maestro en el arte de elevar o bajar el tono de su voz. No existe ninguna pauta musical que le marque los *crescendo* y los *diminuendo*; pero él sabe muy bien cuándo ha de hacerlo, sin necesidad de instrucciones preliminares. El primer rugido es relativamente bajo, el segundo más elevado, el tercero más alto todavía, y el cuarto hace temblar la misma tierra. El tono de los rugidos inmediatos va decreciendo gradualmente, hasta terminar, por último, casi en un suspiro. La costumbre que tiene este animal de colocar el hocico casi tocando al suelo, hace que las vibraciones que producen sus rugidos se propaguen a distancias considerables.

El rugido de un león provoca los de otros. Al oirlos, las personas que descansan en los campamentos estremécense de horror; los animales silvestres que vagan buscando alimento, corren despavoridos de un lado para otro, sin saber cómo sustraerse al peligro que les amenaza. Probablemente, algún antílope enloquecido de terror se arro-

jará, inocente, en las mismas garras del felino, o pasará tan cerca de él, que éste no tendrá más que dar un salto para aplastarlo con sus vigorosas zarpas.

Cuando puede elegir, el león prefiere devorar alguna cebra, porque la carne de este animal hállase recubierta de una capa de grasa que le agrada de un modo extraordinario. En el orden de su predilección sigue a la cebra el hipopótamo muerto, que tiene más grasa aún. Y no ataca al mismo animal vivo, porque, aunque bastante pacífico, es demasiado vigoroso para que pueda el león medir sus fuerzas con él. En defecto de los anteriores, el rey de los animales busca con preferencia una jirafa o un antílope. Agrádale también la carne de los búfalos, pero éstos son temibles adversarios, que combaten desesperadamente y logran en algunas ocasiones quitar la vida al león.

En último caso, se conforma con los animales domésticos. Y no decimos nada del hombre, porque es muy raro que el león le acometa deliberadamente sin ser antes atacado por él. Sin embargo, cuando se decide a hacerlo, es más temible que todas las demás fieras juntas, excepción hecha del tigre.

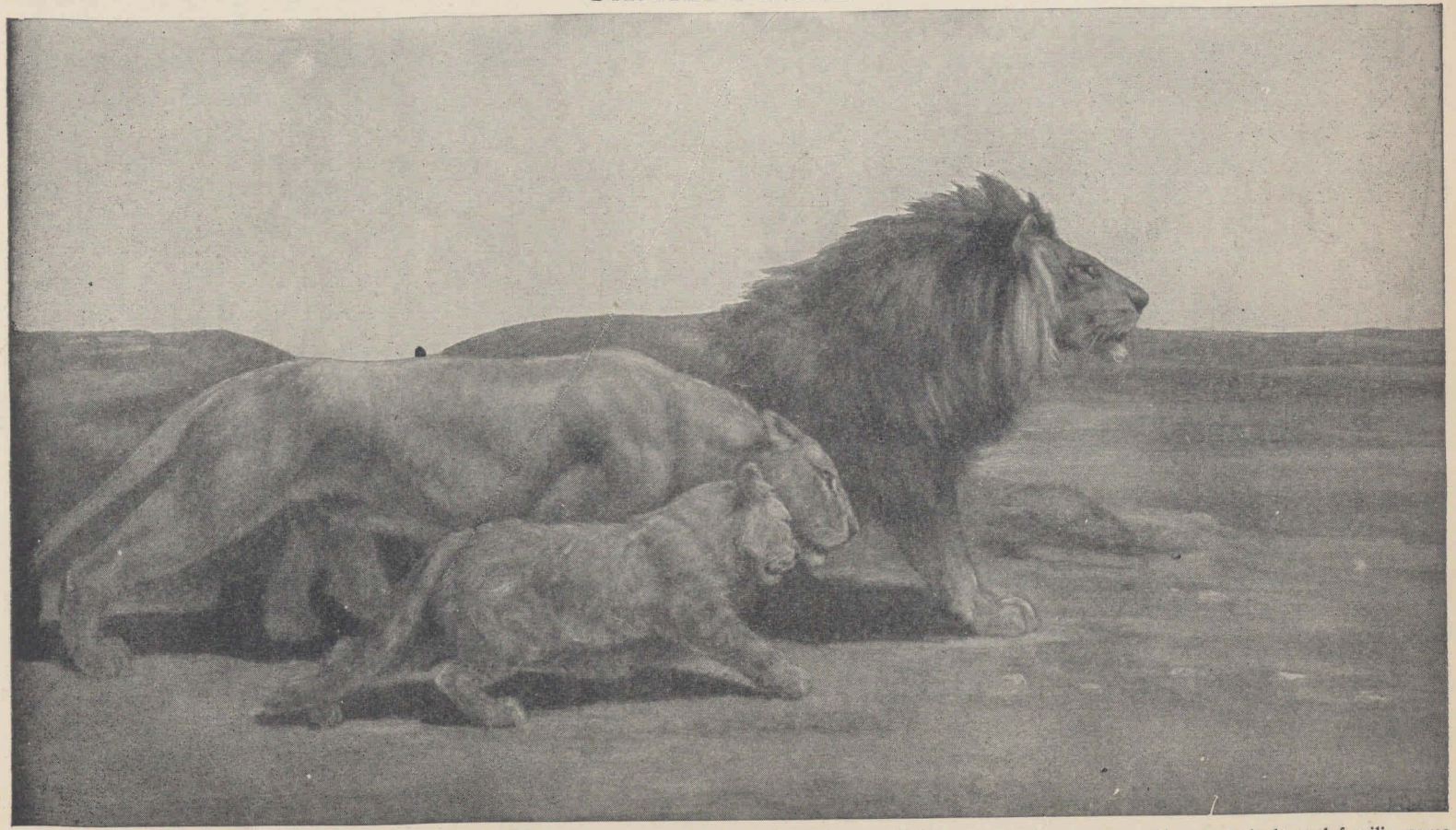
EL REY DE LAS SELVAS

ESPERANDO LA COMIDA

« Vamos a buscar una cebra », se dice el león. Pero la cebra conoce el peligro: su instinto se lo advierte. Se halla despierta y pastando durante la noche, en compañía de jirafas y ñus. Sabe tan bien como nosotros que no existe otro animal que, como el león, sea capaz de esconder su voluminoso cuerpo en un espacio tan reducido; que ningún otro animal cuando salta se deja caer con tan certera dirección ni tan incontrastable pujanza. Por eso la cebra no se aproxima jamás a los arbustos, las yerbas o las cañas que puedan ocultar a su enemigo. El león se ve, pues, precisado a tramar un complot contra ella, ayudado por varios de sus fieros congéneres. Ocúltanse en diferentes lugares, discretamente elegidos, y, saliéndole al encuentro uno después de otro, acosan a la cebra en la dirección conveniente, hasta que logran, por fin, que pase lo bastante próxima al último escondido, para que éste pueda apresarla. Una sola dentellada del león, acompañada de un vigoroso zarpazo, ponen fin a los padecimientos de la cebra y proporcionan sustento a sus perseguidores.

Los que se han confabulado para cazar la cebra, tan pronto han asegura-

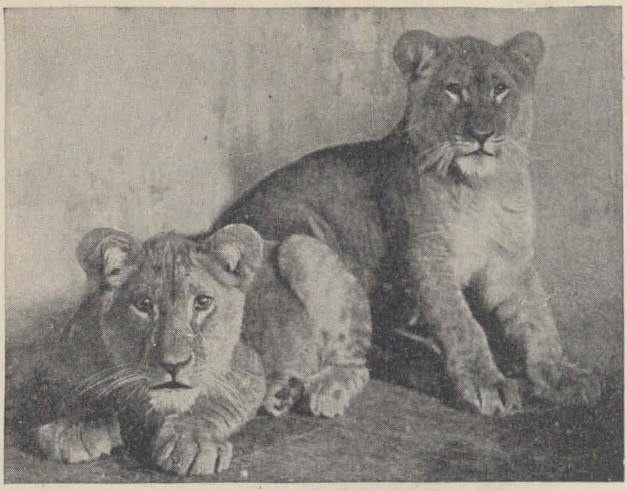
EL REY DE LOS ANIMALES, SOBERANO DEL DESIERTO, SALE A PASEO CON LA FAMILIA REAL



Las horas de la noche son las que el león dedica al trabajo; sin embargo, con frecuencia suele despertarse de día, y emprender una excursión con toda la real familia, como vemos en este grabado. En semejantes ocasiones, y en especial si el día es triste y sombrío, atruena el espacio con sus feroces rugidos, que llenan de terror al hombre y a todos los animales.

BIBLIOTECA NACIONAL DE TROS

do la presa, riñen por su posesión, y los que salen derrotados dirígense, con frecuencia, en busca de otra víctima, en tanto que el vencedor celebra un festín espléndido. El león come hasta hartarse; dirígese después a una charca, donde satisface su sed, y, en cuanto el sol comienza a elevarse en el cielo, vuelve a su guarida, para entregarse al sueño.

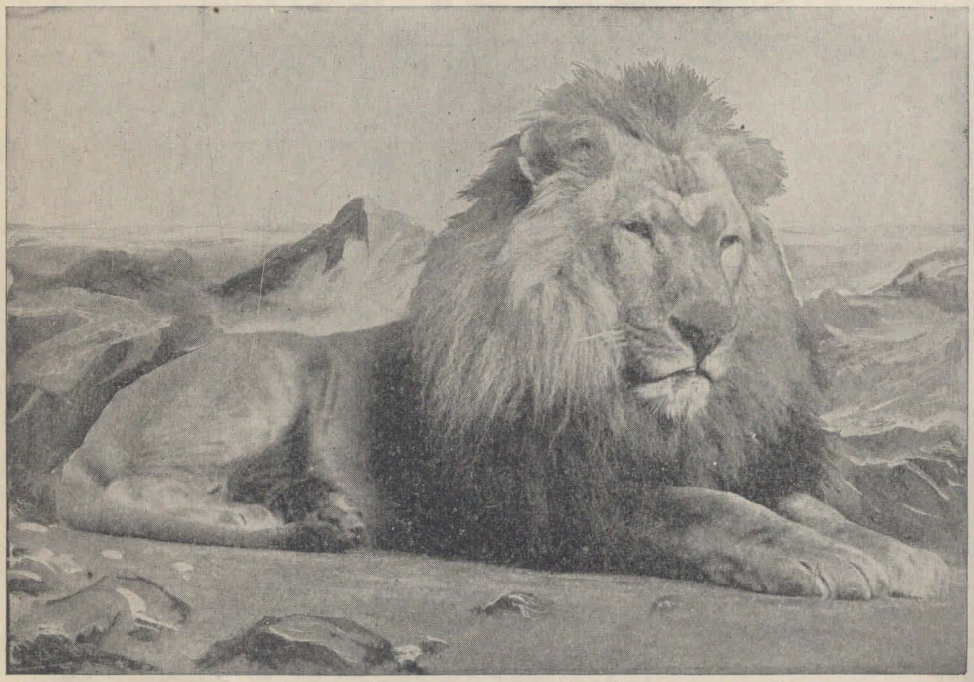


DOS LEONES CACHORROS

Cuando abandona los restos de la cebra o jirafa que ha matado, salen de entre las sombras varias furtivas siluetas. Son los chacales, que acuden a devorar las sobras del león. Éste, por lo general, no se fija en ellos siquiera; pero si le ha sobrado mucho, es posible que regrese y ahuyente a los chacales, para tener seguro el sustento del siguiente día.

No se crea, sin embargo, que el león mata un animal cada noche; a veces se ve obligado a ayunar, lo que le es beneficioso, por cierto.

Los cazadores suelen atacar al león de día. Generalmente tropiezan con él mientras duerme, reposando de los efectos de su último festín, y destacan indígenas o perros para que lo despierten. Levántase de mala gana la fiera, pues nadie



UN MAGNÍFICO LEÓN, REPOSANDO DESPUÉS DE UN FESTÍN

LEONES ANSIOSOS DE SACIAR SU HAMBRE Y SU SED

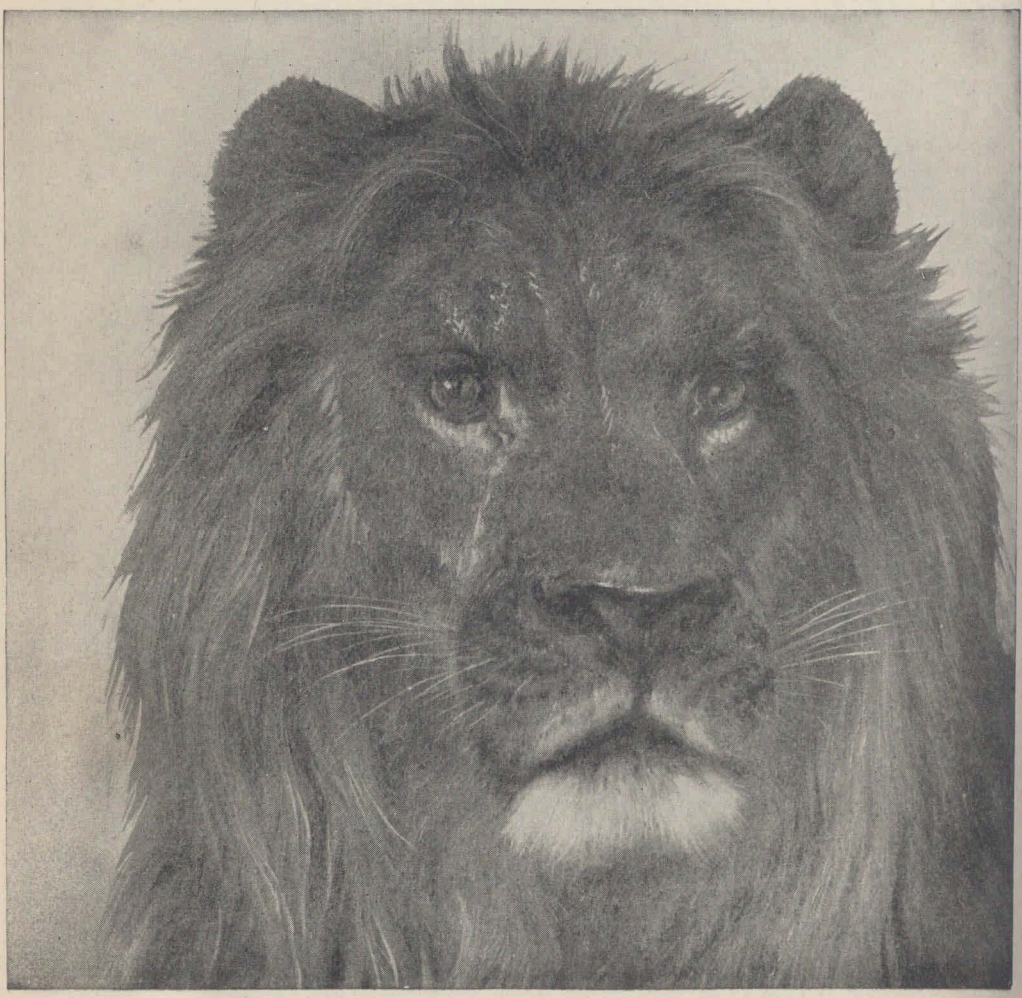
Un león y una leona hambrientos, acechando el paso de una caravana a través de la llanura.

León y leona sedientos, mantenidos a raya por un feroz cocodrilo.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

se despierta de buen humor cuando le interrumpen el sueño; y en especial al rey de los animales le causa una contrariedad grandísima que lo despierten en un día espléndido, después de haber comido de una manera opípara algunas horas antes. Trata de alejarse gruñendo y lanzando un sordo rugido; pero si se ve acosado, matará de un zarpazo algún perro, y si le hieren, se revolverá furioso y atacará con denuedo a un centenar de hombres que pretendan acometerle.

Aumenta su valor y crece su acometividad cuando se siente herido. Los indígenas tratan de cercarlo; pero él, de un salto, se arroja sobre ellos, y le basta una dentellada o un zarpazo para matar a un hombre o mutilarlo horriblemente para el resto de su vida. De este modo lucha el rey de las selvas, cuando se le obliga a ello. Pero por lo general no ataca al hombre.

¿Cómo es, preguntará alguien, que, soliendo casi todos los animales salvajes acudir a beber de noche, no se encuentran con el león en las charcas? A veces ocurre así.

Sucede que el león, sabiendo que los otros animales tienen necesidad de beber, permanece en acecho en las charcas, pero, en tal caso, no tardan los acechados en darse cuenta del peligro, y abandonan aquella región.